

## Murcia

Antonio Escolar López, 67 años

Noelia Martínez García, 20 años

### SUEÑOS... DESEOS... Y RECUERDOS...

A lo largo de nuestra vida pasamos por situaciones en las cuales deseamos cosas, deseamos tener más de lo que tenemos en ese momento: deseamos viajar, ganar dinero, ser queridos por los demás, tener éxitos en todos los aspectos. ¿Y los sueños? ¿Con qué soñamos? Muchas veces soñamos con lo que deseamos, por lo que nuestros deseos se convierten en sueños al no poder llevarlos a cabo, tan sólo conseguimos hacerlos realidad en nuestra imaginación. Pero llega un momento en la vida en el que nos damos cuenta de nuestro egocentrismo natural y nos paramos a pensar, ¿realmente sueño con tener más de lo que tengo hasta el momento? ó ¿lo que tengo ahora mismo es más de lo que a lo largo de mi vida he podido desear? Si soy feliz con lo mucho o poco que tengo hasta el momento, ¿no debería pararme a pensar en lo que sueñan y desean los demás?

Antonio es una de esas personas que son felices con lo que tienen, con lo que han conseguido a lo largo de su vida, pero son infelices por lo que no tienen los demás.

Para él no es importante hacer grandes cosas, si no cosas pequeñas que te hagan sentirte un poquito más grande cada día, por la satisfacción que te produce, o por el bienestar que proporcionas a los demás.

La paz, la salud y como el mismo dice “tener algo que llevarse a la boca”, son tres cosas a las que si que da importancia en su vida, pero el dinero, lo deja en un segundo plano.

Siempre está aprendiendo cosas nuevas, “el aprender, incluso el estudiar, ¡no tiene edad!”, mejorando sus conocimientos e interesándose por las nuevas tecnologías. Y también tiene tiempo para el ocio y para realizar actividades con su esposa y amigos, como pequeños viajes o bailar las tardes de los domingos, momento que disfruta como si fuera único.

Cuando le pregunté que sueños o metas le quedaban por realizar me contestó con algo de tristeza: “¿sueños?, yo sueños tengo muchos, pero no para mi, si no para los que están a mi alrededor.”

“Sueño con que mis hijos tengan un buen futuro, un buen trabajo y deseo poder ayudar a los que me piden ayuda, ¡y lo sueño de verdad!, alguna vez he soñado que me tocaba la lotería y la destinaba a ayudar a los que menos tienen, entre ellos los inmigrantes, los cuales son los que realmente desean y anhelan con tener una vida mejor.”

Me contaba emocionado como ya desde muy joven había intentado hacer feliz a los de su alrededor. La mayoría de los recuerdos felices de su infancia que le vienen a la cabeza tienen por protagonista a una misma persona: su abuelo materno. La relación con su abuelo, ‘Pepe el cojo’, como se le conocía cariñosamente, era muy estrecha, tanto que no iba al colegio para poder ayudar a su abuelo a recoger hortalizas de la huerta ó dar de comer a los conejos, (bueno, era la excusa perfecta), pero realmente disfrutaba con ello.

Recuerda con nostalgia como un día, como casi el resto de la semana, cuando él sólo tenía seis ó siete años, fue a ver a su abuelo a la choza donde guardaba la cosecha, y le vio en el apuro de no poder llevar el carretón cargado de hierba para alimentar a los conejos por culpa de su cojera, por lo que decidió intentarlo él, pero el abuelo al ver que su nieto tampoco podía, dijo alegremente: “¡El uno por joven y el otro por cojo, ninguno podemos ná!”, pues era imposible mover el carretón dado el gran peso que llevaba para su corta edad. Antonio lo intentó, una y otra vez, intentando diferentes maneras, aunque todas eran inútiles, por lo que su abuelo, que era un experto en hacer sogas, al ver que no se daba por vencido, se le ocurrió coger hojas secas del cañal, remojárlas con agua y hacerle a su nieto una fuerte soga, la cual Antonio se colgó en el cuello y ató los



extremos a los brazos del carretón, ingenio que se convirtió en un cómodo invento que perduró en el resto de la vida de ambos.

Pasados unos años, cuando por desgracia ya su abuelo sólo vivía en sus recuerdos, continuaba realizando acciones que le llenaban de ilusión, como llevar, por ejemplo, vino y torraos a los mayores de su pueblo y quedarse a jugar a las cartas con ellos, pues sabía que éste simple hecho desinteresado ayudaría a los ancianos a sentirse más queridos y valorados, y por lo tanto, más felices.

Mucho ha llovido desde entonces, pero Antonio recuerda con detalle muchas de las anécdotas vividas con su abuelo como si fuera ayer, manteniendo su recuerdo vivo en la memoria a pesar de la ausencia de éste, pues, como se suele decir, las cosas que te marcan, nunca se olvidan.

Una persona a la que le das la oportunidad de elegir algún sueño material que realizar y te contesta, que su sueño, su auténtico deseo es ayudar a los más necesitados, te demuestra que todavía existe gente que merece la pena en este mundo egoísta movido por los intereses propios, olvidando las necesidades ajenas, este mundo en el que gracias a personas como Antonio brilla la luz de la esperanza de un mundo mejor y más solidario, en el que la felicidad de los demás se pueda convertir en nuestra propia felicidad.

Este si que es un auténtico sueño, quizás el más difícil, aunque no imposible de realizar.